

# EN UN MUNDO SIN DUEÑOS

(La continua ausencia)

CUADERNO I

Pablo Rabanal

[www.mundossindueño.com](http://www.mundossindueño.com)

[pablorabanal@gmail.com](mailto:pablorabanal@gmail.com)

## **INVITACIÓN**

**A participar en la web:**

**<http://mundossindueño.com/>**

**Una página abierta para compartir nuestros  
mundos a través del correo electrónico:**

**[pablorabanalparres@gmail.com](mailto:pablorabanalparres@gmail.com)**

**Tanto este cuaderno, y los que esperamos publicar,  
pueden difundirse gratuitamente, bien impresos o  
por correo, a quien se considere.**

**Ignoramos hasta dónde podremos llegar juntos.**

**Cordiales saludos.**





# PRESENTACIÓN DE LOS CUADERNOS

Este primer cuaderno inaugura su difusión el 30 de Abril de 2026, cuando el anónimo autor del mismo cumple años, coincidiendo el día y la hora de su nacimiento en una humilde aldea minera de Asturias, con los de la muerte de un dañino e innombrable dictador en Berlín.

Se trata del principio de un proyecto participativo con un futuro incierto, cuyo impulsor inicial prefiere mantenerse de incógnito, ya que ingenuamente piensa que nos vendría bien dialogar sin prisas entre nosotros, sin necesidad de identificarnos con un yo, convencido de que las ideas que producimos no tienen propietario, y sean consideradas útiles o inútiles, puedan aportar algo de luz, que parece ser que estamos “obligados” a aportar, ya que los humanos solo podemos llegar a un punto en el que haya que abrirse de nuevo a continuar.

En este caso, editar unos 200 ejemplares en papel, además de publicarlos en una web y difundirlos libremente, solo suponen una inversión soportable para un jubilado de la educación que vive modestamente en un pequeño pueblo. Es una propuesta que parte de la necesidad de expresarse para que corra su suerte, consciente de que el tiempo y las aportaciones de los demás pueden colaborar a desmontar creencias equivocadas que la mayoría, creo, necesitamos modificar... y con ello participar, dentro de sus limitaciones, en crear un mundo en el que sea posible vivir con la máxima tranquilidad, ya que a nadie pertenece. Se trata por tanto de realizar aportaciones que colaboren a que nuestras flexibles mentes -que de todo producen- se expresen lo más positivo que sea

posible. A quien le parezca esta iniciativa un sinsentido, tiene en sus manos la alternativa de no seguir leyendo, o regalar a alguien este cuaderno, o quemarlo si así lo considera.

*Si hubiésemos descubierto qué es la verdad,  
no viviríamos en un mundo imaginado.*

*Parece necesario intentar ser cada vez más  
humildes.*



## EN UN MUNDO SIN DUEÑOS.

En un mundo sin dueños, en el que ni el mismo mundo puede decir que lo es, éste, así como la vida, nos permite decir de todo a la hora de intentar reducirlo a un concepto o definición, es algo que no resulta explicable porque nos hemos empeñado en reducir lo inabarcable a un término o a una frase. O sea que tenemos que admitir que venimos pretendiendo poner todo tipo de adjetivos al mundo y a la vida sin poder, por lo menos hasta ahora, saber qué son.

León Felipe, por ejemplo, nos dijo que: “La vida es un fantasma verde que nadie vio jamás”, y nosotros añadimos que un fantasma la vida sí parece ser, pero desconocemos su color, porque si tuviese color la podríamos ver, cosa que no ha sido posible hasta ahora. Hay algo que llamamos vida de la que hemos dicho de todo, pero decir nada de ella y aceptarla como un misterio quizá sea todo lo que podamos afirmar, ya que abandonar la obcecada idea de reducirla a una definición, podría resultar saludable.

La vida acepta que de ella digamos de todo. Han sido incontables y variadas las definiciones que le hemos atribuido como ciertas, sin que ella diese pruebas de inmutarse, como si su paciencia fuese infinita.

El mundo, del que tantos seres vivimos, es tan complejo, es tan amplio lo que ocurre en él tan solo en un instante, que nuestras limitadas capacidades no alcanzan a explicar con claridad lo que es, además de cuál es su origen y hacia dónde nos lleva.

De intervenir sobre el transcurrir parece conveniente que lo hagamos con mucha prudencia, ya que siempre se muestra flexible a ser mejorado, incluso por él mismo.

Entonces, todo parece indicar que nuestra mediación, a ser posible sin pretensiones, tendría que reducirse a lo cercano, que no supone solo limitarnos a lo que está situado al alcance de nuestros sentidos. Es una bendición que con nuestras limitaciones tengamos que conformarnos y no tratar de ir más lejos de lo que está a mano, aunque es evidente que nos gustaría poder vivir en paz y con salud el tiempo que nos corresponda, cosa que no podemos afirmar que hemos logrado.

Venimos de la tierra y vamos a la tierra; tan solo, o tan mucho, somos unos seres mortales a quienes las pretensiones que nos superan deberíamos intentar erradicarlas. Nuestras limitaciones nos invitan a la humildad, y en la humildad, que no quiere decir pobreza, podemos encontrar lo necesario; ya sabemos lo que nos ocurre por desear más o por creer que estamos capacitados para resolver todos los supuestos problemas que el vivir genera y por ansiar tener más de lo que necesitamos para vivir dignamente, en una naturaleza que nos aporta los alimentos y el aire que necesitamos, que tan solo parece solicitarnos en silencio nuestra colaboración y agradecimiento, ya que formamos parte de ella o más bien podemos decir que somos ella.

En este sentido, parece necesario que nos decidamos a aportar con generosidad nuestras energías sin pedir nada a cambio. Con este cuaderno y los posibles que se publiquen, se pretende aportar algo positivo, aunque lo que se aporte, lo más probable es que carezca de sentido y no sirva para lograrlo. Son una invitación a que cada uno proponga lo que considere y cambie lo que deba cambiarse; porque todos estamos aquí necesitándonos unos a otros, y que uno solo, carece de la claridad suficiente como para ofrecer alternativas que puedan ser aceptadas e incluso sea una incógnita el que todos juntos lo podamos lograr.

Cada uno que contribuya con lo que considere. No hay nadie que pueda negar que alcanzar dignas condiciones de vida es una incierta tarea de todos y todas las aportaciones son necesarias. Solo los que habitamos el mundo podemos lograr que vivir en él suponga una experiencia estimulante, aunque sabemos que siempre tendremos, para lograrlo, que prescindir de ambiciones negativas que lo complican, y además, no dejarlo en manos de personas que miran hacia sí mismas comportándose como si fuesen los lúcidos habitantes de este planeta.

Lo que estamos manifestando parece un producto creado por seres ingenuos, y lo somos, pero no por ello despreciables y tengamos que ser marginados por desear el máximo bien posible para todos, conscientes de que para conseguirlo, es posible que sea necesario renunciar a algunas actitudes innecesarias que solo en apariencia nos producen bienestar.

Somos ya muchos los que consideramos que la vanidad es una rémora que debemos esforzarnos en tratar de superar porque es prescindible, sin olvidarnos de que es una tarea que necesita de permanente atención.

Todo lo que ocurre se esfuma, incluso sin que nuestra voluntad lo ambicione, y no podemos olvidarnos que estamos en este mundo un tiempo y después desapareceremos. Podemos afirmarlo o negarlo, como todo lo que afirmamos o negamos, o pretender olvidarlo, pero es evidente que olvidarlo puede acarrear imprevistas y desagradables consecuencias.

Nadie puede ofrecer resistencia a las continuas ausencias; todo da la impresión de que viene y se va: viene de donde no sabemos y se va hacia ese mismo desconocido lugar que ni las ausencias conocen, y por tanto, no pueden mostrar con palabras.

Las continuas ausencias nos dan prueba de ello; dan

la impresión que actúan desde el misterio; al que no es posible acceder porque las ausencias tienen que ser fieles a sí mismas, como si hubiesen realizado una promesa que mantienen en secreto, pero que podemos intuir y no nos queda más remedio que aceptar.

Si integrásemos en nuestras vidas esta evidencia, seríamos otros y haríamos todo lo que hacemos con la modestia que vivir requiere.

Vivir como si nada permaneciese -ya que todo se ausenta- nos humanizaría; sería algo que nos vendría bien intentar poner en práctica como mejor corresponda ante la transitoriedad de todo lo que existe, como una certeza que no acabamos de aceptar, la certeza de que todo transcurre transformándose, lo deseemos o no.

Aceptar vivir en la permanente ausencia no es cómodo, ya que supone aceptar que estamos en la incertidumbre, a la que o bien le tenemos temor o bien estamos intentando negar aferrándonos a una seguridad imposible, a pesar de las consecuencias; como podemos comprobar en nuestra forma de relacionarnos con nosotros mismos y con el mundo; un inmenso mundo poblado por seres que nos convertiremos en las inesperadas ausencias que nos acompañan siempre, aunque no sean visibles.

Podemos decir que formamos parte de lo que cambia hasta desaparecer, y es más: si es así, que tenemos suficientes hechos que lo confirman, también tenemos razones para sentirnos como habría que sentirse; es decir, ni bien ni mal, y dejar de creer que solo podemos estar tan solo o mal o bien, cuando estamos como tenemos que estar, es decir, en un estado de imprevisible cambio, aunque pongamos todo nuestro empeño en negarlo, empeño que nos convierte en seres frustrados.

No parece conveniente autonombrarse propietario

de algo, ni incluso de uno mismo. La memoria, esa especie de almacén inmenso, cuando trata de recordar lo pasado, solo imagina lo que ha ocurrido. No es que pretenda mentirnos; imaginando lo que hace se siente coherente con la limitada labor que le corresponde y no acepta las responsabilidades que tratemos de atribuirle; como pedirle que sea racional, un estado que no conseguimos alcanzar.

Ella es creativa; sus respuestas se pueden considerar artísticas o imprevisibles, ella imagina a través de lo que supuestamente ocurrió, e imaginar no es mentir: es una forma de manifestar sinceridad ante la provisionalidad y cantidad de tantos recuerdos que atesora.

Al no recordar lo ocurrido tal como ha sido, la memoria, como si fuese un invisible ente ajeno a la racionalidad, no se obsesiona con la nitidez; crea desde su propia imaginación con la que consigue que vibremos, e incluso emocionarnos o entristecernos; ya que no le es posible ordenar, o ser veraz, en relación a lo mucho que guarda, ni parece que pueda siempre serlo.

Quizá lo más bello que nos podía ocurrir es aceptar que todo lo que existe se ausenta y todo lo que ocurrió es imaginado, así como también se ausentará todo lo que ocurrirá.

Interpretarlo así es una alucinación que nos confirma que vivir, lo interpretemos como lo interpretemos -que permite interpretarlo sin límites- es un delirio inconvertible en algo posible de razonar de una forma. Tratar de interpretar de una sola forma cerrada nos sitúa en una vida que sería una cárcel ficticia, de la cual solo podemos liberarnos abriendo la puerta a todas las infinitas interpretaciones posibles sin atribuir certeza a ninguna.

Todo lo que recordamos es cierto e incierto a la vez.

Cualquier cambio que pretendamos realizar, para que sea un cambio real, no será posible sin que nos desprendamos de utilizar la flexible mente como lo estamos pretendiendo. Imaginar que podría sentirse más cómoda aceptando el sinsentido como un sentido y su fragilidad como un don, sería una forma de relajarnos ante tensiones innecesarias, estado que al parecer necesitamos alcanzar porque a la vida no es posible encontrarle una certeza y haya que tratarla como algo inexplicable o con una explicación sin límites.

Que la vida no sea explicable en su totalidad, aunque lo sea de muchas formas. nos sentaría bien aceptarlo con agradecimiento y sin resistencia, aunque, evidentemente -tal como estamos siendo- nos pueda suponer un esfuerzo inclinarnos por lo abierto, un esfuerzo orientado a aceptar la imposibilidad de que pueda llegar a tener una explicación definitiva.

Nos sentimos mejor no pretendiendo encontrar certezas a base de creer que existen, ya que por mucho que pensemos no llegamos a la movediza realidad.

No se trata de dejar de pensar, sino de no darle la importancia y el tiempo que le dedicamos; ella, la vida, que parece ser femenina y masculina a la vez, además de clara y oscura, y de tener una inteligencia tan invisible y generosa que nada nos demanda, incluso ni vivirla. Ella, sin usar las palabras, nos está diciendo que la dejemos en paz, ya que no tiene necesidad de ser interpretada ni por ella misma y además no necesita propietarios que la dirijan. Da la impresión de que todos los intentos por parte de nuestras mentes por darle una versión aceptable no han alcanzado su objetivo, algo que sin duda es estimulante, y no hay razones para decepcionarse por ello.

Sueño con un día en el que abandonaré mis frustrados intentos por interpretar lo que no puedo saber que es

ni que función cumple, eso que carece de interpretación racional, y solo una silenciosa intuición, que sin necesidad de palabras se acerca a lo que es, algo desconocido, y por tanto nada inquietante porque carezca de ambiciones. No es el desconocimiento lo que nos altera sino las insaciables ansias por conocer.

Nos sentimos agradecidos a la mente cuando se mantiene tranquila, al margen de cualquier intento por encontrar una explicación de lo que es la vida, ya que, sin explicarla tiene todo el sentido y así nos regala la necesaria paz. Preguntar a la mente lo que es la vida, esperando que ella pueda respondernos, es una ambición malograda por inalcanzable, ya que ella vive sin necesidad de plantearse quién es, pues con vivir da la impresión de parecerle suficiente.

Nuestras mentes no alcanzan un resultado convincente cuando se usan solo para tratar de comprender; cuando solo tratan de comprender lo que logran es darle vueltas a pensamientos que siempre regresan al mismo interrogador origen del que partimos.

Los pensamientos, nos demandan tratarlos cuidadosamente, ya que pueden tener un efecto demoledor sobre el cuerpo, y por tanto, sobre nuestra salud, además, la mayoría de los que elaboramos carecen de fundamento al ser solo aire. Nos interrogamos sobre lo que no es posible tener respuestas, y esos intentos solo es posible interpretarlos como un juego o pasatiempo, que si pretendemos ganar a base de usarlos para una predeterminada finalidad, terminamos perdiendo.

Manteniéndonos en las mismas formas de pensar que venimos practicando desde hace siglos, a base de hacernos las mismas preguntas, ya sabemos a qué conduce, y eso puede ser lo que hasta ahora venimos repitiendo sin éxito, de tal manera, que interpretarlo negativamente

nos entristece y seguir insistiendo en ello nos aleja. Ignoro si seremos capaces de salir de semejante actitud circular que nos lleva siempre al mismo origen, es decir, a no tener respuestas a lo que nos preguntamos y además lamentarlo o deprimirnos por ello.

No se produce nuestro aprendizaje solo a través de normas para razonar de una manera predeterminada, aprendemos, cada uno a su ritmo, también a través de la intuición y de cómo nos afectan las experiencias, pero también aprendemos a través de lo que sentimos.

No sabemos si existe solo un órgano dedicado a crear-nos sentimientos -o si se producen a la vez en todo el cuerpo.- pero con ellos creamos algo irracional que no sabemos cómo nos afecta en un aprendizaje sin método o intención, un aprendizaje intuitivo que invita a relacionarnos adecuadamente con los ilimitados fenómenos que nos afectan.

Aprender a mantener amables relaciones con la vida, es un aprendizaje para el que no existen normas rígidas ni tampoco contenidos preestablecidos por ningún sistema educativo. Estar en lo que acontece, es una forma de aprender invaluable e imprevisible, un aprendizaje para el que no existen titulaciones, una carrera sin final y sin normas para la que no hay universidades que puedan especializarnos, porque al observarla sintiendo, la vida nos corresponde regalándonos sus infinitos conocimientos repletos de valores y utilidades incalculables.

Todos sabemos que los sistemas educativos entorpecen nuestra libertad porque buscan que tengamos comportamientos y conocimientos comunes que no creen dudas respecto a las difícilmente explicables normas establecidas, normas únicas para todos, impuestas por supuestos “sabelotodo” que se empeñan en orientarnos a

base de asignarse a sí mismos el papel de educarnos en una determinada dirección, que solo ellos se han empeñado en imponer como si fuese una necesidad de cada uno o una realidad.

Nos hemos abandonado en las manos de mentes que están convencidas que solo ellas conocen la dirección correcta a seguir, algo imposible que siempre termina mal, ya que las mentes que pretenden gobernarnos nunca lo consiguen del todo -aunque sus intenciones no sean perversas- siempre surgen otras que, con similares intenciones de unificarnos en los conocimientos, que tarde o temprano, fracasan en sus intentos y son sustituidas por otras supuestamente nuevas, que ningún cambio sustancial aportan.

Resulta casi imposible asimilar que no se llega a un final debido a la ausencia de límites, al tener que permanecer siempre en un comienzo, pero, a pesar de esa imposibilidad, algunos persistimos en comprender sin salirnos del principio, tal como si estuviésemos condenados a estar en una continuidad, que insistentemente nace como si nuestra vida consistiera en pertenecer a una nada permanente; esto me digo imaginando -como siempre estoy imaginando cuando pienso e incluso cuando no pienso- desde una situación móvil en la que puedo afirmar y negar que siempre estoy pensando y no pensando al mismo tiempo, sí, porque digo que pienso sin poder explicar lo que es pensar ni si realmente pensar como pienso es la única forma adecuada de hacerlo.

Verlo así, no se explica diciéndome que es desagradable o agradable o trágico o cómico, no dispongo de adjetivos satisfactorios que puedan explicar lo que imagino intuir. Estamos esperando soluciones o alternativas definitivas sobre muchas cuestiones, que hasta ahora no ha sido posible encontrar en un vivir sin pausa.

De sentirme alguien, tan solo sentirme un sueño situado en una continua irrealidad pasajera. Aceptar vivir sintiéndome en una imposible realidad no lo puedo ver como una tragedia. El conocimiento que pueda alcanzar, siempre limitado y abierto, lo convierto en una frustración si considero que está a mi alcance, actitud sin duda vanidosa. Contemplar el mundo sin pensar que terminaré de entenderlo me reconforta y me sitúa en la necesidad de tener que convivir con mis limitaciones, a las cuales intento aproximarme aunque no lo logre de forma definitiva.

No dispongo de una respuesta satisfactoria que pueda decirme lo que es la vida, en tal caso solo puedo decir que no sé lo que la vida es, quizá porque no sea nada, ni siquiera humo, y, ante su invisibilidad, solo dispongo de un respetuoso silencio que me explica lo que es, un silencio que estaba antes de venir a ella y que seguirá después de haberme ido por mucho esfuerzo mental que realice.

Sin duda metemos demasiado ruido y desde un vanidoso ruido mental, no es posible entender. Hemos llegado a un extremo en el que son muchos los que se sienten orgullosos y obsesionados por progresar en conocimientos que nada aportarían a la vida cotidiana, como la posibilidad, que se me ocurre ahora como un ejemplo quizás desacertado, de instalar una estación en la Luna de camino hacia Marte, cuando no hemos aún conseguido vivir en la Tierra, donde tenemos aún mucho que hacer para sentirnos moderadamente satisfechos de que sea habitable, una muestra de que estamos en una desquiciante “luna”, es decir, que en vez de dedicarnos a estar aquí lo más satisfechos que nos sea posible -donde además tenemos más de lo necesario gracias a la generosidad de la naturaleza- nos dedicamos a trastornarnos sin ofrecer resistencia, sintiéndonos orgullosos de un ilusorio poder.

Paso por momentos muy intensos en los que presiento que vivir en la humildad, admitiendo las limitaciones, es una necesidad imperiosa.

Cuando, con tanta frecuencia, caigo en la vanidad de aspirar a comprenderlo todo, produzco un ruido del que solo puedo recoger confusión.

Puedo convivir en paz en compañía de casi 400.000 especies de plantas y de no se cuantas miles de especies de animales en un movimiento que ignoro si se dirige hacia algún sitio, y cuando lo siento así, presiento que vivir, simplemente consiste en estar respirando acompañado por seres vivos, de los que dependo, compartiendo con ellos infinitos aspectos sin que haya una palabra que lo explique, porque comprendemos lo esencial sin pretender explicarlo.

Sueño, en un sueño posiblemente imposible de realizarse, que la forma más adecuada de pasar por la vida sería disfrutar de más momentos de silencio y cercanía con lo que vive y con lo que no, e incluso sin nombrar las palabras cercanía, silencio o vida; simplemente abandonado el rechazo a vivir sin nombrar, ya que, cuando pretendemos nombrar lo innombrable, todo lo complicamos. Las palabras exactas no es posible encontrarlas, quizás porque no existan en un mundo que no se detiene. Y al no existir esas palabras, solo puedo considerar que vivo con ellas imaginando que son algo real. Reconocer que paso por la vida imaginando, es mi forma de agradecer ese pasar con la mayor delicadeza posible, como si fuese posible caminar sin meter ruido, intentando que la imaginación no lo cometa. Pronunciar palabras sin pretensiones, sin relacionarlas con un significado concreto e inamovible, me produce la agradable sensación de estar comprometido con la vida, sobre la que sé que no debo intervenir tratando de sustituirla por otra creada por mi mente.

Me siento con frecuencia a leer o escribir o a hacer nada, en un muro al sol al borde de un camino, durante uno de mis paseos diarios con la perra Tany, que se acerca, después de darse un gozoso baño en el riachuelo cercano, a lamerme una oreja... sin duda esas “cositas” inexplicables que me conectan con lo vivo, me parecen necesarias, quizás porque acuden sin buscarlas o porque lo inexplicable sea lo único que exista.

Con las palabras pretenciosas creamos ideas que parecen girar en círculo sin posibilidad de encontrar ni el origen ni el final. Encontrar una razón tratando de entender solo por medio de las palabras, es un intento fallido.

No hay una razón que explique un hecho, ni dos, ni una cantidad predecible; son infinitas las razones que emanan de las mentes, que a la vez que imaginamos que clarifican, nos confunden.

En lo creado, los humanos no creamos nada; todo lo que necesitamos está ya hecho con ayuda de la naturaleza, por medio de ideas, colores, sonidos, sensaciones y misterio... Con las palabras creamos lo ya creado. No somos seres originales ni tampoco inteligentes; no es el supuesto yo de cada uno quien realiza lo que hacemos.

No creamos: antes de crearse está creado y no por los humanos, sino por quien es imposible de saber, ni falta que nos hace, desear saberlo es una necesidad inventada de la que quizás se pueda prescindir.

Tengo la sensación de ser un ingenuo que vive entre ingenuos, que no tenemos razones sólidas para lamentarnos de serlo. Llegamos a orientarnos por rígidas e inocentes creencias creadas por nosotros, a las que les atribuimos un fundamento sin tenerlo.

Me vienen con frecuencia a la mente posibles proyectos que me gustaría realizar sabiendo que no voy a

poder. Se me acaba de ocurrir la idea de escribir un texto, que sería una larga carta a los ciudadanos del mundo, a los que pediría ayuda para responder a las siguientes preguntas:

- Si procedemos de la naturaleza ¿Cómo podemos justificar las pretensiones de dominarla a nuestro capricho?
- ¿A qué llamamos naturaleza?
- ¿Dónde vivimos y qué necesitamos?
- ¿Hacia dónde vamos deseando seguridad? ¿Existe?
- ¿Somos algo más que una planta o cualquier animal?
- ¿Estamos comportándonos con inteligencia? ¿Qué es la inteligencia?
- ¿Somos los creadores de nuestros problemas? ¿Hasta qué punto son imaginados?
- ¿Debo de seguir eligiendo a representantes para que me dirijan que no me representan y que además no escuchan y ocultan sus sentimientos?
- ¿Me informan con lo que me informan? ¿Qué pretenden intentando manipularme? ¿Cómo puedo librarme de los manipuladores de mentes? ¿Cómo tratar y qué decir a los que aspiran a tener poder sobre los demás?
- ¿Lo que pienso son mis pensamientos los que lo piensan?

Creo que son muy pocas las preguntas que podemos responder con certeza, y estas se reducen nada más que a cuestiones cotidianas, pero, cuando la pregunta trasciende lo cotidiano, no hay forma de encontrarle respuesta con la que estemos de acuerdo, y mira que lo hemos intentado; incluso hasta llegar a crearnos depresiones o frustraciones e impotencia o tristeza por no poder responder a algunas preguntas que consideramos impor-

tantes. Nos hacemos preguntas a las cuales no se les puede exigir una respuesta, y además, llegamos a abatirnos por ello al no aceptar nuestra impotencia para hacerlo. Hacemos preguntas a nadie que pueda contestar; está demostrado que nosotros no disponemos de las respuestas acertadas. Me digo que quizás debo plantearme no hacer las preguntas a las que no puedo responder, de la misma forma que me relajaría abandonar todo intento por intervenir donde no hay posibilidad.

Pretender ser más de lo que sabemos que somos, es inexplicable y nos delata como seres que debemos cultivar nuestra vanidad. Más a menudo de lo deseable queremos llegar a donde no es posible, y esa ansiedad nos delata como seres innecesariamente ambiciosos y torpes, algo de lo que, estoy seguro, todos hemos intentado distanciarlos más de una vez.

Es muy frecuente que dos personas, que ninguna de ellas tenga razón, (porque la razón absoluta nadie la tiene) se pongan a discutir acusándose una a la otra de no tener razón, y es lo único razonable que manifiestan, y a pesar de ello, siguen discutiendo sin posibilidad de llegar a un acuerdo.

Ningún medio de información se decide a cerrar sus espacios a personajes que mienten; es más, se los conceden. Personajes repudiados por su ambición sin límite, seres insolidarios, que sin duda se pueden considerar inmaduros, que ocultan en sus oscuras mentes espurias intenciones con pretensiones de manipular al resto a base de creerse poseedores de la razón o la verdad, pero que son tan solo unos ignorantes que manifiestan que saben... en definitiva, personajes que muestran aspectos de los que un importante sector de la humanidad ha estado tratando -no sin un esfuerzo generoso- dedicarse a erradicarlos evitando darles facilidades para la consecución de sus perversos fines.

Y si eso no ocurre, al parecer es porque los propietarios de los medios de comunicación y los periodistas se sienten tentados a una práctica enfermiza, prácticamente cerrando con ella las puertas a asuntos que nos permitirían abrirnos, y lo peor es que al respecto, consumimos esos medios llegando a creer que nos informan y respondemos con pasividad que puede llegar a crearnos impotencia, para incapacitarnos -o por lo menos dificultarnos- la posibilidad de encontrar alternativas que resuelvan estos hechos, ante los que nuestras tímidas lamentaciones resultan ineficaces.

Si los medios de información fuesen capaces de cerrar las puertas a personajes de esa calaña, o nosotros de silenciarlos a base de no escucharlos, les impediríamos evolucionar en sus trastornos mentales al privarlos de la oportunidad de manifestarse; además reduciríamos el número de hojas de los diarios y generaríamos espacio y tiempo para cuestiones más creativas y necesarias, que haberlas las hay, y de paso nuestras mentes descansarían de invasiones negativas y podríamos dedicarnos a cuestiones constructivas con las cuales pasaríamos mejor el tiempo.

Pero ningún medio de información se cuestiona dejar de dar el paso a cerrarles espacios a los impresentables que lo merecen, porque se acabaría su ruin negocio, y nosotros no terminamos de tomar una decisión a pesar de molestarnos estos asuntos que son una rémora. Nos estamos refiriendo a un paso que muchos estamos necesitando dar, y, mientras eso no ocurra, parece aconsejable intentar dejar de consumir los actuales medios de información -aunque solo sea por probar que ocurrirían medios que por sus manipulaciones -intencionadas o no- actúan sobre nuestras mentes, colaborando a potenciar situaciones y creencias insoportables, justificando que con ello obtienen un beneficio económico y dan

trabajo a muchas personas a base de torturarnos cada día, al tener que soportar torpezas sin ningún fundamento razonable. Son muchas las noticias que esconden intenciones espurias nada fáciles de descubrir.

Habría muchos más árboles en el mundo si no se editaran tantos periódicos.

Creo que deberíamos -por lo menos preguntarnos- si no sería ya necesario empezar a boicotear a los actuales medios de información con una huelga, con la intención de obligarles a que cambien su trayectoria, consciente o inconscientemente manipuladora, para lo cual han tenido argumentos y tiempo suficiente para enfocarlos con otras formas, pero, y sobre todo, si no debemos plantearnos cambiar nuestras formas de utilizar la mente y de organizarnos socialmente para detener determinados hábitos de producción y de consumo, cosa que exigiría un generoso esfuerzo personal y colectivo por el bien de todos, que de momento no parece que estemos en condiciones de realizar.

Uno se ve en la necesidad de aportar estas y otras reflexiones, aunque no tengan ninguna trascendencia y puedan generar rechazos e incluso aunque, a mi mismo, nuevas experiencias me enriquezcan y me inviten a revisarlas, ya que, si se tratase de un asunto fácil, este ya estaría resuelto. Lo que sí da la impresión, de que resulta injustificable nuestro abandono al respecto de asuntos que a todos nos afectan.

Algunas ocurrencias de los humanos, normalmente tan solo ocurrencias justificadas con peregrinos argumentos, han trascendido a toda la humanidad que las hemos aceptado sin resistencias; una más de ellas, es llamar tiempo a lo que transcurre y además dividirlo -siendo ilimitado y continuo- en segundos o en siglos, como si fuese una división real, es decir, que como tal existiese,

como si lo que no se detiene fuese divisible o clasificable o cuantificable, cuando hacerlo solo es aceptable si lo interpretamos como un juego más a los que estamos habituados a practicar como si fueran algo real.

Ante semejante división del imaginado tiempo, que ha sido una ocurrencia mental ajena a la realidad, no he tenido, y los demás tampoco, más alternativa que aceptarla, de tal manera que vivimos en una imaginada realidad dividida a la que no hemos presentado alternativas, una posible alternativa podría ser la de no dedicarnos a dividir lo indivisible, ni a separar lo que continúa y está conectado entre sí.

Se han normalizado las mentiras por parte de los personajes que teóricamente realizan una función pública, sin que se haya creado algún tipo de institución o norma que lo impidiese, Como estamos actuando se han normalizado de tal manera, que renunciamos a buscar soluciones, incluso llegando a la triste situación de creer que no las hay.

Parece claro que la inquietud y los problemas que nos afectan, los creamos nosotros a partir de pretensiones imposibles de realizar y de creencias, por pretender vivir sin recordarlo o tratando de huir de nuestra transitoriedad, una de nuestras extendidas actitudes que no acabamos de cambiar a pesar de sus consecuencias.

No sé de dónde surge la injustificable vanidad que nos convierte en víctimas imaginadas, ya que todas las vanidades, al intentar llevarlas a la práctica producen desastres, como por ejemplo la de pretender prolongar la vida o las extendidas obsesiones por tener más, cuando cada uno simplemente estaremos por aquí lo que tenemos que estar, cosa que ignoramos.

Abundan los pensamientos, los diálogos, las publicaciones y los sueños frustrados a causa del imaginado

deseo de prolongar nuestras vidas con fórmulas que solo pretenden beneficiar a algunos aprovechados que convencen a ingenuos, a base de situar la economía como una reina imprescindible que todo lo impregna, de tal manera que podemos llegar a amargarnos a base de obsesionarnos con que es posible prolongar la vida hasta el infinito, cuando la vida no existiría sin la evidencia de la muerte. La búsqueda del oportunista beneficio económico en todo se está imponiendo, sin dejar prácticamente rincones donde se valore el gran beneficio que tienen para todos, las actividades afectivas que buscan el bien común, algo que tiene el valor de ser invaluable.

Paseando por el campo, de pronto, mientras contempló la silenciosa y generosa tarea de polinización por parte de los insectos, tengo la impresión que desde hace siglos que venimos huyendo de ser naturaleza con la intención de dominarla, actitud que nos ha llevado a un trastorno que nos impide ser lo que somos, a base de convertirnos en lo que no podemos ser.

A veces me pregunto si vamos a continuar tratando de conseguir lo que no es posible y aceptar, además, que tal ambición nos siga produciendo las insatisfacciones que nos causa. Los seres humanos deberíamos de reconocer, a ser posible colectivamente, las estupideces que venimos cometiendo y que si no orientamos las mentes en otra dirección continuaremos haciéndolo.

Es evidente que necesitamos plantearnos dar un salto colectivo para intentar -por lo menos probar- pensar y actuar con otras maneras, que aunque aparentemente algunas se han perdido, seguro que sigue habiéndolas. Los animales y las plantas, que nos atrevemos a considerar como inferiores e irracionales, parece que lo han conseguido sin esfuerzo, dando muestras de saber estar en esta vida el tiempo que les corresponde y que no pueden determinar, aunque es probable que cuando les llega

su propio final, sientan un inevitable dolor que no podemos interpretar, cosa que los humanos pretendemos que a nosotros -“esos que presumimos de inteligentes”- no nos va a pasar.

Pero es evidente que solo podemos pretender -básandonos en nuestra experiencia- que el necesario salto nos sitúe de nuevo en tener que dar otro salto, ya que hasta ahora nadie ha encontrado la alternativa definitiva en un mundo que no se detiene. Nos corresponde vivir en movimiento, pero en el movimiento que el propio movimiento del mundo nos vaya sugiriendo si nos dedicamos a escucharlo, y no a tratar de imponer el que de nuestra mente surja. A partir de escucharlo, y cuando más finamente lo escuchemos, mejor nos adaptaríamos para vivir más ajustados a lo que somos. Parece necesario probar a abandonar cualquier intento de dominar al mundo por dejarnos orientar por él.

Mi visión de la vida a través de la mente me condiciona, sobre todo cuando solo me informo de lo que ocurre por medio de las noticias a las que tengo acceso, noticias que imagino que me “obligan” a no poder ver y sentir los hechos tal como ocurren, como pienso que me está ocurriendo estos días en los que los trastornados americanos e israelíes comenzaron a bombardear un país como Irán con falsos argumentos. La anciana histórica Persia, aunque no exenta de errores, que tanto nos ha aportado a la humanidad, y que ahora está siendo gobernada por otros descerebrados, se ve atacada comenzado por una escuela donde asesinaron a unas 150 niñas cuando estaban en sus clases, algo que solo mentes demenciales pueden hacer y diseñar, algo que nos muestra hasta dónde podemos llegar a través de ambiciones imperdonables a las que solo los locos tienden.

Despierta uno hace una semana y las noticias producen la desagradable impresión de que el mundo ha cam-

biado una vez más a causa de mentes destructivas. Hace tan solo unos días en Gaza se produjeron más de 70.000 muertes entre las cuales más de 20.000 eran niños, y ahora está ocurriendo en Irán y Líbano, pero también en Ucrania y en más lugares. Pensar sobre hechos tan horribles realizados por humanos agota, al convertirme en un ser inútil que de pronto sufre de impotencia; no poder hacer nada resulta inaceptable, y, sin embargo estoy obligado a aceptarlo, pero no me es posible, afectado por una violencia asesina no encuentro refugio que me proteja.

Estos días, de nuevo, todas las células de mi cuerpo sufren y se descolocan, me convierten en un ser que no sabe donde meterse porque haga lo que haga o piense, me trastorna de tal manera, que es imposible decirme que estoy de acuerdo conmigo. Los organizadores de la guerra no solamente dañan a las que directamente son sus víctimas sino a toda la humanidad; son personajes que solo con su silencio o muerte nos veremos libres de ellos, cosa que a veces, y dolorosamente, se presenta como la única alternativa posible.

Miro por la ventana la Sierra de Cuera, para mí una especie de tótem cambiante que cada día, durante los últimos 50 años, tengo delante de los ojos, me encuentro solo aparentemente lejos de donde se produce la destrucción humana y material, y la Sierra sigue donde siempre, además hoy brilla el sol, los pájaros acuden a comer los granos que les dejé esta mañana en el muro cercano, el ciruelo comenzó a florecer, el cerezo ya comenzó a perder sus bellas efímeras flores y todo lo que alcanzan mis ojos está en paz, una cercana paz que me parece imposible que sea real en un mundo en el que, en otras partes, está siendo masacrado por personas que parecen odiarlo. Respiro, sintiéndome un afortunado, que no puede disfrutar plenamente de la fortuna que supone vivir y trato

de calmarme sin saber cómo responder; me afecta alterándome el deseo de ejercer la ineficaz violencia contra los causantes de estos desastres, seres, además, que viven en un aparente cómodo lujo y protección, del que me parece imposible que puedan disfrutar porque su maldad mental seguro se lo impide. A los humanos parece ser que nos corresponde tener que vivir situaciones en las que es imposible encontrar la necesaria paz.

No existen los milagros que logren que mañana al despertarnos estemos convertidos en personas sensatas capaces de amar todo lo que la vida nos ofrece y lo que no nos es posible ver, que es casi todo.

Que personas enfermas tengan en sus manos tanto poder de destrucción y lo usen contra el propio mundo donde todos vivimos, sobrecoge, y cómo hemos llegado a esto, después de habitar tantos millones de años en una tierra, que ellos no han hecho pero se creen sus dueños, desespera, porque es incomprensible. La mente no encuentra argumentos que la calmen y siento que nada puedo hacer para paralizar las ambiciones de semejantes trastornados, e intentar aceptar que nada puedo hacer no me consuela, así como tampoco aceptar que no me queda otro remedio que sufrir.

Esto que me ocurre no es la vida a la que aspiro a respirar; lo que ocurre es una desgracia de tal calibre que me resulta imposible ponerle un nombre. Imagino que millones de personas, o sea, mis hermanos, tampoco pueden evitar pasar por lo que estamos pasando.

Necesitamos ejercer la calma, una calma atenta, sin garantía de que con ella estas situaciones no volverán a repetirse. Que una humilde calma nos acompañe, parece ser nuestra mejor arma para colaborar a vivir en un mundo en el que nos sentimos agradecidos por lo que nos da; me digo que tenemos que intentar buscar otras

fórmulas, además de mantenernos en esa necesaria calma, y no cejar de intentarlo, ese es el único reducto del que disponemos, desde el que es necesario actuar con otras formas con las que aún no hemos actuado, aunque con la duda de que podamos ser capaces de conseguirlo aunque pongamos el corazón en ello, pero presiento que es lo único que es posible hacer. Los personajes ambiciosos son incapaces de reconocer el daño que hacen a la humanidad y a la naturaleza y no sabemos cómo intervenir para evitarlo, pero es necesario perseverar.

Estamos siendo ingenuos al creer que la felicidad consiste en poseer más de lo necesario, en viajar a lugares más o menos exóticos en los que ejerciendo de turistas no terminamos de conocer, en un aparente hacer lo que nos da la gana con simulada comodidad, en consumir a base de contaminar, en realizar trabajos absurdos para producir objetos innecesarios, en soportar a políticos corruptos e inmaduros que no nos representan.... y creo que someterse a vivir como vivimos colabora a que ocurra lo que está ocurriendo...alguna responsabilidad tenemos por no rebelarnos a base de cambiar nuestras mentes y dirigirnos por otros caminos que existen ante lo que está ocurriendo. Es necesario hacer cualquier cosa que no sea la de seguir colaborando a que ocurra lo que ocurre, comportándonos como sometidos corderos aparentemente inocentes. No tengo duda de que todos, en alguna parte del cuerpo, tendremos que sentir un malestar que nos cueste aceptar, por mucho que algunos manifiesten que se sienten felices viviendo como lo estamos haciendo.

Me acerco a la gata Tila y a la perra Tany con las que convivo día y noche en un pueblo que no llega a 200 vecinos, casi todos ellos ya ancianos como yo, las contemplo y las acaricio sintiendo que tanto para ellas como para mí y para todo lo que vive, raya en lo miserable.

Cada vez que parece que nos hundimos en una nueva guerra es necesario intentar levantarse, siempre sin garantía de llegar a un punto en el que no haya que intervenir para evitarlo. Otra función más urgente no tenemos en nuestro pasar por lo que nos corresponde vivir, una evidencia imposible de calificar al ser la única. Más no podemos pedir porque es lo que estamos limitados a poder hacer, aquí estamos para ser felices e infelices al mismo tiempo en una naturaleza generosa, y aceptarlo, nos dignificaría y colaboraría a sentirnos cerca.

Que nos necesitamos no tengo ninguna duda, y abandonar la fidelidad a semejante evidencia, es colaborar a introducirnos en enfrentamientos innecesarios, aunque desde donde estemos no sintamos el lejano estruendo de los aviones y de las bombas y directamente no suframos la destrucción de vidas y territorios, pero cuando se produce, las distancias no existen. Todo lo que ocurre, tanto el mal como el bien, transcurre tan cerca que a todos nos afecta.

Si nos preguntásemos cómo es posible ejercer tal destrucción sobre la belleza del mundo, quizás solo podemos responder con que nos hemos trastornado y que es necesario acercarnos una cierta cordura de la que nunca deberíamos alejarnos.

Manifiesto lo que siento, deseando que cada uno manifieste lo que siente, aunque sintiéndolo no sea suficiente y aunque solo manifestándolo no consigamos vivir siempre en paz, a causa de la ineludible eterna incertidumbre que supone tener que formar parte de la humanidad.

Sin poder ser consciente del origen de todo lo que ocurre, uno se ve empujado a opinar cuando lo considera necesario, aunque las opiniones solo se puedan interpretar como una especie de humo, como un juego carente

de trascendencia y de origen, y que solo nos sirve para pasar el tiempo de la mejor forma posible, que, siendo imperfectos, nunca será perfecta, pero el mundo nos está reclamando otras formas de mirarlo y habitarlo.

No tengo duda de que abusamos de las palabras y, por tanto, de la creación imaginada de conceptos, cosa que yo estoy haciendo al manifestarme sobre estos asuntos, cuando la mejor forma de tratarlos es posible que sea no mencionarlos, pero uno contradiciéndose, piensa en ellos y cree que dispone de palabras para intentar escribirlos, pero también para interpretarlos como una obligación moral, aunque solo sea un inocente e incierto pasatiempo o un necesario desahogo y aunque pueda llegar a cansarme de mí, si solo lo acepto como un llegar a donde nada más hay que hacer. Me encantaría ser capaz de prescindir de expresarme como lo estoy haciendo, porque dudo de si expresarme así no sea tan solo una forma de hacer nada creyendo que estoy haciendo algo.

Sigo escribiendo a ráfagas, necesitando colaboración, aceptando que mi imperfecta forma de expresarme sea la de intentar recoger instantes que se van, sin pretensiones de elaborar un relato coherente con un argumento con principio y final. Escribir me ayuda a pasar el tiempo en mi intimidad como creo que el tiempo pasa, si es que pasa, que no puedo afirmarlo ni negarlo.

No sé si eso es ejercer la libertad, pero a veces tengo la sensación de que se aproxima, intentando con ello liberarme de impuestas formas de vida que afectan, de tal manera, que incluso influyen sobre mi intimidad y mi salud.

Escribir saltando de un tema a otro siempre intentando encontrarme, como ahora, que se me ocurre decir que pensar es la forma de manifestar mi permanente ignorancia, ya que imagino que no estoy capacitado para

saber, pensamiento espontáneo carente de justificación que me calma mientras creer que sé algo me altera.

Considero absurdo, y de momento inevitable e inconcebible, que no estoy capacitado para llegar a un estado corporal que humildemente me satisfaga, y que dejarse llevar, es lo más maravilloso que me puede ocurrir. Dejarme llevar por algo misterioso que me sorprenda, sobre lo que creo que es vanidoso e inútil intervenir, como si uno, inconscientemente, buscase sentirse frustrado, creyendo que no lo está.

Vivimos, soportándolo cómo estamos, respondiendo a lo que está ocurriendo con un aparente silencio, pero influenciados por personajes ambiciosos que no deberíamos nombrar, personajes que todos los días escuchamos o vemos o leemos, sin poder justificar cómo es posible que nos sometamos a semejantes situaciones de un masoquismo desquiciante y sin poder justificar como no hacemos el esfuerzo por evitarlo, cosa que debemos intentar que sea posible, aunque no lo sea.

No es cuestión de despreciarlos ni a ellos ni a nosotros, como nada de lo que existe puede ser posible menospreciar, pero tiene que existir alguna forma de vivir sin dejarse influenciar por ellos, cosa difícil, al afectarnos todo lo que ocurre sabiendo o no cómo se produce o cómo lo permitimos, de tal manera que no nos pervierta.

Como resulta imposible dejar de afectarnos lo que ocurre y lo que pensamos, perdidos en un no saber cómo actuar, nos dedicamos a buscar soluciones en otras culturas que imaginamos las han encontrado y lo hacemos sabiendo que las soluciones nadie las ha encontrado. A veces pienso que es posible que no actuar sea la única actitud razonable, es decir, que nosotros somos los creadores de nuestros propios problemas, ya que los otros deben a su vez encargarse de los suyos.

No parece conveniente enfrentarnos con violencia a los que actúan demencialmente; su posible cambio no se logra a través de disgustarse por su existencia, sino en buscar alternativas creativas y cercanas. Los asuntos de los otros me afectan, pero no me pertenecen.

Aunque no podamos concretar qué es la vida, y nos gustaría, nos calma reconocer su compleja invisibilidad, y creo que es posible sentirnos a ella agradecidos a pesar de no verla y de no saber que es. No todo tiene porque ser visible o explicable por mucho que lo intentemos, sin embargo, algunos, aunque seamos aún minoría, no perdemos la esperanza de conseguirlo a pesar de todos los fracasos e incluso retrocesos.

Si en un estado de tranquilidad y lucidez nos preguntamos cómo nos gustaría vivir, todos citaríamos: en el respeto, en el afecto, con salud, compartiendo la cercanía y la paz, en una amistosa relación con la naturaleza y con valores de ese tipo que no podemos dejar de necesitar; y si aún no lo hemos conseguido a pesar de considerarlo una necesidad vital, es porque es posible que vivamos incómodos actuando en contra de nosotros mismos y aún no hemos sido capaces de hacer lo suficiente, y no es porque no lo hayamos intentado. Prefiero pensar que ocurre lo que ocurre porque no hemos encontrado la forma de liberarnos de ello, pero que esa forma tiene que existir, no hemos venido al mundo para apropiarnos de él ni domesticarlo a capricho de nuestras mentes y ni mucho menos para seguir mirándonos solo hacia nuestro propio ombligo, pero tampoco para consentir que algunas mentes pretendan contaminarlo o destruirlo.

Nadie ha conseguido contagiarnos de las bondades que nos puedan beneficiar, y, los que las han expuesto en libros o con una vida ejemplar no han tenido la suficiente energía como para transformarnos, llegando a ocupar espacios que nos les pertenecen a personajes manipula-

dores, traidores, cínicos, explotadores, malvados que se empeñan en dominar a masas enteras y los que se opusieron a ellos terminaron reprimidos o en cárceles o asesinados o marginados.

Los poderosos obran sin consideración ni sensibilidad porque se les permite e incluso se les aplaude, evidentemente, que sobre nuestro comportamiento y sobre el de cada uno, parece necesario reflexionar. Creo que debemos tratarlos como seres enfermos.

Ante estas situaciones, que se vienen repitiendo a lo largo de la historia de los humanos, no hemos encontrado las fórmulas para evitarlas, pero no ha evitado que sean muchos, aunque no los suficientes, los que lo han intentado. Imagino que sería bello, dedicarnos a acercarnos a tratar de evitar todo lo que nos impide vivir más amable y humildemente en una naturaleza que con generosidad nos ha dotado de vida, aunque también nos la quita, y ante la cual no hemos estado a su altura, a base de agradecerle lo que nos ha regalado sin pedir nada a cambio.

Ni algunos escasos gobiernos que en apariencia lo han intentado, ni las diferentes religiones ni ideologías lo han conseguido, y son muchas las que han terminado contaminándose. Las causas porque lo que no nos sienta bien el no haber sido capaces de ponerlo en práctica, y, además mantenerlo, no tienen explicación aceptable, pero, a pesar de los fracasos seguimos intentando que la tenga, y quizás, sea hora de intentar otras formas de utilizar la mente, que da la sensación que, tal como la estamos utilizando, nos conduce a repetirnos en un sufrimiento inútil e insoportable. Tenemos suficientes razones para desconfiar de los pensamientos que las mentes llegan a producir.

Cambiar el uso de la mente supone un esfuerzo que

no garantiza que vayamos a conseguir una paz duradera, pero tenemos el deber moral de intentarlo, un intento compartido que nos haría sentirnos unidos por lo menos por algo que realmente nos une, unión necesaria que tiene necesidad de despertar.

Que no nos hayamos dedicado, con la intensidad adecuada a cambiar, es algo racionalmente inexplicable, que nos puede hacer pensar hasta qué punto estamos actuando irracionalmente al permitir que sean otros los que intervengan sin nuestro permiso.

Los que soportamos una situación tan demencial, tal como si hubiésemos perdido la razón, sin duda somos la inmensa mayoría, pero nuestra energía transformadora la estamos desperdiciando al estar esperando que los que están actuado en contra de nuestra naturaleza vayan por ellos mismos a cambiar, pero se ha demostrado que no van a hacerlo mientras no seamos nosotros los que se lo impidamos. A los ansiosos debemos tratarlos como enfermos que solo ellos mismos podrán curarse, y por tanto, son “personajes” que debemos dejar de escuchar.

Lo que veo no es lo que es, lo que pienso no corresponde a lo que ocurre y necesito el apoyo de los otros para ampliar mi limitada visión.

Aparentemente me encuentro en un mundo desconocido que no está en reposo, un mundo que se mueve con aparentes pausas; esto pensaba esta mañana al levantarme sonriendo, consciente de que no es posible comprender o explicar lo que ocurre, si es que algo ocurre, o lo que veo o pienso es una alucinación que las palabras no pueden aclarar; es decir, que las palabras no parecen ser útiles para lo que han sido creadas, ya que no cumplen su función, la función que les atribuimos de que ellas solas nos puedan llevar a comprender.

Me he dicho muchas veces que de esperar o desear

algo, esperar o desear nada, porque nada es ya algo. Reconozco que es mucho lo que tengo aún pendiente de hacer conmigo mismo y en ese sentido escribo.

No es verdad que me encuentre solo cuando digo que lo estoy; nadie está solo mientras esté en un mundo con el que estamos conectados. A menudo creo pensamientos que pretenden confundirme sin que pueda evitarlo, pensamientos con los que todo el cuerpo vibra sorprendiéndome, con aportes de inesperadas energías que pueden entristecerme o estimularme, pensamientos configurados por inexistencias y procedencias que me afectan.

Ojalá que nos llegue, lo más pronto posible, la hora de abandonar el sometimiento a las ambiciones de los ficticios poderosos, decidiéndonos por una vida sencilla, aunque siempre vaya a ser incierta, pero hermanada con la naturaleza a la que pertenecemos; una forma de afrontar la vida que nos llegue antes de que sea demasiado tarde.

Me encantaría que no fuese cierto todo lo que me he permitido manifestar, y sean tan solo confusas preocupaciones personales imaginadas, necesitadas de vuestra comprensión y afecto. Sin el contacto con el todo, sin la cercanía de los demás, sería imposible sentirme vivo.

Confieso que pensar me resulta atractivo, sobre todo cuando lo convierto en un juego sin vencedores, y por tanto, rechazo pensar negativamente, una forma de pensar de la que conviene desprenderse lo más pronto posible. Creo que de esta forma colaboro a aportar vitalidad a mí y al mundo, aunque no pueda conocer a quien le llega ni tenga palabras para decir qué es la vitalidad, pero que sin embargo la necesito. Pensando en positivo, no solo aflora la sonrisa a mi mirada, sino que imagino que disfruto de algo que podría llamar energía saludable. Una energía, originada por una forma de interpre-

tar el transcurrir como algo abierto, que imagino, mientras la siento, que la estoy transmitiendo a mí y al mundo, aunque del mundo no pueda escuchar su respuesta.

Como manifesté al principio: el mundo es tan inmenso que resulta inabarcable, en el que uno solo, sabemos que está limitado para aportar algo necesario y solo con la participación de las sumas de energía ofrecida generosamente por todos, será posible acercarnos a aportar lo positivo que necesitamos, y nos falta.

Esa inabarcable inmensidad que nos afecta solo pudo ser con la labor de un todo también infinito; por tanto, necesitaremos la suma de todos en el caso de que llegue un día en que sintamos la necesidad de aportar lo que ya teníamos que haber aportado para convivir en paz sobre un mundo que seguirá cambiando a su ritmo, ritmo que siempre nos sorprenderá.

Mis disculpas por osar manifestar semejantes sentimientos que solo como si fuesen aire se pueden interpretar. Mis palabras son huérfanas necesitadas de las de los otros, creo que me encantaría que todos los aires se juntasen como hermanos.

Quien considera que se deben difundir estas reflexiones abiertas a la participación de los demás que lo haga a su manera y quien no las acepte tiene mi respeto... las palabras son de todos, dando por supuesto que el autor de las mismas no se siente el propietario de ellas ni tampoco de la razón, porque la razón está siempre evolucionando y nadie la posee, aunque la necesitemos.

Cordialmente Pablo Rabanal...



